

## LA MUERTE DE HELENA\*

MIGUEL CASTILLO DIDIER

Universidad de Chile. Chile

**Resumen:** Los personajes de Homero parecen participar de la inmortalidad de la poesía homérica. Helena especialmente se nos muestra inmortal no sólo en la tradición literaria occidental, sino también en nuestra conciencia que la identifica con la perennidad de la belleza. Mientras los antiguos tuvieron a Helena por divinizada y, por lo tanto, ascendida a la inmortalidad, Kazantzakis, el poeta neogriego que retomó el viaje de Odiseo, le da la muerte que no le dio Homero.

**Palabras clave:** Odisea, Odiseo, Helena, belleza, inmortalidad, muerte.

## THE DEATH OF HELENA

**Abstract:** Summary: Homer's characters seem to partake of the immortality of Homeric poetry. Especially Helen shows herself not only immortal in the Western literary tradition, but also in our consciousness that identifies with the survival of beauty. While the ancients thought Helen to have been deified and thus ascended to immortality, Kazantzakis, the modern Greek poet who resumed the journey of Odysseus, gives her the death that Homer gave not to her.

**Key words:** Odyssey, Odysseus, Helen, beauty, immortality, death.

**Recibido:** 13.08.2010 – **Aceptado:** 8.11.2010

**Correspondencia:** MIGUEL CASTILLO DIDIER - micastilgriego@gmail.com. Profesor Titular Universidad de Chile. Casilla 435-3 / Santiago / Chile.

---

\* Este trabajo es parte de uno más extenso sobre Helena; parte, a su vez, de una investigación acerca de la presencia y tratamiento de los personajes homéricos en la *Odisea* de Kazantzakis.

En el vasto y luminoso mundo homérico, el lugar de Helena es especial. Y muy especiales son las características del personaje. Es la personificación por excelencia de la belleza y ha conservado tal calidad mucho más allá de Homero, en el mundo de los hombres, al menos de los hombres de Occidente, a pesar de que el paso de los siglos va alejando cada vez más la leyenda de la que aquella mujer es parte esencial.

Los personajes de Homero parecen siempre vivos y hablamos de ellos como si vivieran: Penélope espera a su esposo, es la mujer fiel por excelencia. Odiseo sufre penurias y afronta mil peripecias y peligros, decidido a volver a su hogar y su tierra. Telémaco busca a su padre. Hablamos siempre en presente de esos personajes y, aunque la muerte tiene una continua presencia en los poemas homéricos, sentimos sus personajes como vivos, como seres humanos vivos hoy<sup>1</sup>. Naturalmente, hacen excepción a ese sentimiento nuestro aquellos héroes que mueren combatiendo en la *Iliada* y aquellos cuyas muertes conocemos por la *Odisea* o por la tradición homérica antigua. Hubo también versiones de la leyenda de algunos de los personajes que nos parecen inmortales en que éstos morían. Así, por ejemplo, respecto de Penélope existió otra versión de su destino. La fértil imaginación griega no dejó de pensar a Penélope con otras características, de aventurar la idea de que la mujer había sido infiel y, por ello, Odiseo, al volver, la había expulsado del palacio y la había castigado con el destierro. Esa versión es recogida por Pausanias, quien en su viaje por la Élide encuentra una tumba que se dice ser de Penélope. Por una parte, Pausanias recuerda el poema titulado *Tesprótide*, en el cual se reiteraba el feliz reencuentro de los esposos, reafirmado, si se quiere, por el hecho de que habían tenido un nuevo hijo, Ptoliportes. Por otra parte, el viajero alude a la leyenda que existía entre los mantineos, según la cual Penélope había sido hallada culpable de infidelidad. La mujer se había desterrado en Mantinea, donde murió y fue sepultada<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> A este respecto, pueden verse las páginas iniciales del libro *La Odisea en la Odisea*.

<sup>2</sup> Éste es el texto de Pausanias: “Además de los caminos que hemos mencionado, hay otros dos a Orcómeno: en uno está el estadio llamado de Ladas, en el que Ladas se ejercitaba en la carrera, y junto a él, un santuario de Artemis; y a la derecha del camino, un elevado túmulo de tierra. Dicen que es la tumba de Penélope, pero no están de acuerdo respecto a ella con el poema llamado *Tesprótide*. En este poema, Odiseo, después de regresar de Troya, tuvo un hijo de Penélope, Ptoliportes. Pero la leyenda de los mantineos respecto a Penélope dice que Odiseo la consideró culpable de haber introducido pretendientes en su casa, y, despedida por él, se marchó al punto a Lacedemón, y algún tiempo después se trasladó de Esparta a Mantinea y allí terminó su vida”. *Descripción de Grecia*, VIII, 12, 5-6.

Kazantzakis en su *Odisea* del siglo XX da a algunos personajes la muerte que no les dio Homero. En el poema antiguo, dejamos a Laertes rejuvenecido y con ánimo de haber vestido sus armas y haber ido a combatir a los itacenses sublevados<sup>3</sup>. No tiene oportunidad de hacerlo, ya que Atenea impone la paz. En Kazantzakis lo reencontramos muy envejecido y muy luego asistimos a su muerte<sup>4</sup>. Penélope no muere, pero asiste a un cambio radical de su destino, y la dejamos cuando triste y llorosa es abandonada para siempre por su esposo. En cuanto a Odiseo, a partir de la rapsodia XVII, vemos cómo el resto del relato se va convirtiendo en un camino y una preparación para la muerte, que llegará para él en los hielos antárticos. Y solo al final del poema, en la última rapsodia, venimos a imponernos de que Helena finalmente envejeció y ha muerto.

Por la palabra homérica conocemos a los personajes de los poemas. Ella habla a nuestra imaginación y así llegamos a tener una imagen de cada uno de ellos. Apolodoro nos habla de la resplandeciente belleza de Helena e informa que treinta pretendientes quisieron desposarla. Y antes, Teseo, prendado de su hermosura la había raptado<sup>5</sup>. Es la palabra la que ha entregado la belleza de Helena al mundo a través de los siglos. Nadie ha visto su rostro. No hay representaciones en la escultura antigua ni en los restos de la pintura antigua. Quizás podríamos aplicar a Helena las expresiones de Oscar Gerardo Ramos sobre el perro Argos: “Porque Homero lo había burilado en roca de cántico, la estética helenística no se atrevió a plasmarlo en mármol huidizo”<sup>6</sup>. También Helena fue burilada por el poeta en roca de cántico, en roca de excelsa poesía.

Es la palabra, la palabra poética, la que ha dado vida y vida perdurable a Helena. Ella está indisolublemente enlazada con la poesía. “¿Qué sería de Helena si el hálito de Homero no hubiera pasado sobre ella? [...] La hubieran raptado, como a menudo raptan a las muchachas hermosas en nuestras aldeas de montaña. Incluso este raptó habría provocado una guerra, y todo, la guerra, la mujer, la muerte, todo se habría perdido si el Poeta no hubiera tendido la mano para salvarlos. A Homero debe Helena su salvación; a Homero debe ese hilito de agua, el Eurotas, su inmortalidad. La sonrisa de Helena se expande en todo el aire de Esparta. Y más aun: Helena ha penetrado en nuestra sangre; todos los hombres la han recibido en comunión; todas las mujeres resplandecen aún con

<sup>3</sup> HOMERO 1954: XXIV, 351-355 y 499.

<sup>4</sup> N. KAZANTZAKIS 2011: I, 570-577 y 1070-1077; II, 13-16 y 465-578.

<sup>5</sup> APOLODORO 1984: III, 10, 7 y 8.

<sup>6</sup> O. G. RAMOS 1970: 118-119.

su brillo. Helena se ha convertido en un grito de amor que atraviesa los siglos”<sup>7</sup>. La palabra poética no sólo ha dado vida a Helena, sino que ha mantenido ese perenne vivir: desde Homero a Goethe, desde Eurípides a Borges y a Seferis.

La edad parece no pasar por Helena, ya en los poemas homéricos. Dos décadas habían transcurrido desde que, por causa de su belleza, comenzó la guerra de los griegos contra Troya, y la vemos en la *Odisea* en toda su hermosura y lozanía. Y cerca de treinta siglos más tarde, volvemos a encontrar a Helena en plena belleza y dispuesta siempre al amor, en la *Odisea* de Kazantzakis. La permanencia de su belleza acaso la expresen muy bien los versos de Borges, cuando nos habla de “la hermosura de Helena, / que no ha visto el río irreparable de los años”. En el poema del bardo neogriego, hay un hecho que habla de una edad que no avanzó: Helena tiene un hijo de uno de los bárbaros rubios que están invadiendo Creta, cuando Ulises llega a la isla.

Anotábamos que hablamos siempre en presente de los grandes personajes homéricos. Esto es quizás especialmente así cuando se trata de Helena. La inmortalidad de Helena es la inmortalidad de la belleza, es la perdurabilidad del anhelo humano de belleza. Símbolo de esa inmortalidad puede ser el mito antiguo según el cual la mujer fue finalmente divinizada. Helena, pues, no habría muerto nunca. Apolodoro relata que fue conducida al Elíseo, obteniendo así la inmortalidad junto a su esposo Menelao<sup>8</sup>. A la tan honda admiración por su hermosura repugnaba la idea de que su cuerpo hubiera sufrido el mismo destino de la materialidad humana: la descomposición, el polvo y la nada.

Esa “versión” de la historia de Helena no era sólo una versión. Como recuerda Grimal, “la leyenda de la divinización de Helena debió de conservar cierta autoridad, puesto que se conoce gran número de santuarios a ellos consagrados [...]”<sup>9</sup>. Y por los ruegos de Helena habrían sido divinizados sus hermanos Cástor y Pólux y su esposo Menelao. Es verdad que hubo también en la Antigüedad “versiones” que relataban varias formas del castigo que habría recibido la mujer.

Las palabras que dirige Fausto a Helena en la versión de la obra de Goethe que hizo Arrigo Boito para su ópera *Mefistóteles*, pueden sintetizar el simbolismo de la figura, inmortalizada por la poesía de Homero: “Forma, ideal purísima

---

<sup>7</sup> N. KAZANTZAKIS 1968:193.

<sup>8</sup> APOLODORO 1984: VI, 3.

<sup>9</sup> P. GRIMAL 1982: 233.

de la belleza eterna”<sup>10</sup>. Desde el día envuelto en la leyenda en que los ancianos de Troya comentaban, maravillados, la hermosura de la mujer que Paris había traído a la ciudad – y con ella la guerra –, los griegos primero y el mundo después no han cesado de admirar esa hermosura. Se ha visto a Helena como la imagen misma de la perfecta belleza. Según anota Gilbert Highet, Helena, por una parte, “simboliza a Grecia, la patria de la suprema belleza física”. Y pareciera que sólo allá pudo darse este arquetipo de la hermosura. Y, por otra, representa la experiencia estética en su forma más noble y absoluta”<sup>11</sup>.

¿Helena qué, Helena quién? ¿Helena un grito de amor? Preguntas de poetas y estudiosos. Son las preguntas que se hace Oscar Gerardo Ramos en un bello poema:

Los invencibles muros de Troya son ceniza.  
 ¡Que una mujer –o acaso es casi diosa– pueda  
 convocar a tantos pueblos al insomne combate  
 de la muerte! Por ella cuántos héroes dormitan  
 lejos de sus hogares: ¿es Helena la suma  
 de belleza? ¿O efigie de una raza que brega  
 por encontrar su historia? ¿O es Helena?

Parece haber un terrible contraste entre la realidad de haber “convocado” a tantos pueblos al “insomne combate de la muerte” y la “sensación de eternidad, de inmortalidad”, a que está asociado su nombre.

Otro poeta la llama “voz” y la llama “silencio” y “belleza plasmada de almendro y laurel”:

Te llamo voz de la primavera silencio del amor  
 te digo belleza plasmada de almendro amargo  
 / y laurel amargo<sup>12</sup>.

No sólo Highet identifica Helena con Grecia. En el curioso *Diálogo de los muertos entre Helena de Troya y Madame de Maintenon*, aquella habla del poder que tenía la belleza en su tierra, al menospreciar el que había alcanzado su interlocutora:

<sup>10</sup> Como en la *Odisea* de Kazantzakis, en la obra de Goethe Helena se une a un hombre de otra época. En la Grecia medieval se encuentra con Fausto. Una reflexión sobre el sentido de esa unión en M. Castillo Didier 2000-2001: 283-306.

<sup>11</sup> G. HIGHET 1954: II, p. 149.

<sup>12</sup> Tomás GORPAS 2004. Ver Lastra en bibliografía.

“Pero ¿qué es esto comparado con la influencia que mi belleza ejerció entre los soberanos y las naciones? Yo fui la causa de una guerra de diez años sostenida entre los héroes más famosos de la Antigüedad; los mismos contendientes se disputaban el honor de verme sentada en sus respectivos tronos. El Padre de la Poesía recuerda mi historia y hasta en los anales de la humanidad se celebran mis encantos”. Y esto tiene que ver con lo que fue el país helénico: “Grecia, madre de las bellas formas y de los deseos dulces y delicados; fecundo manantial de poesía, cuyo suave clima y diáfanos cielos preparaban para todo sentimiento noble y generoso y templaban el corazón para la armonía y el amor. Y recuerda, si puedes, un incidente que mostró el poder de la belleza en vivísimos colores –aquel en que los graves consejeros de Príamo, al presentarme, me miraron asombrados y no se atrevieron a imputarme la causa de la guerra que casi había devastado el país”<sup>13</sup>.

Helena no desapareció para siempre. Ya anotábamos que en la *Odisea* de Kazantzakis, la hallamos en toda su majestuosa belleza. Se une a un hombre distinto de Menelao, muy distinto, rubio sí como éste, pero bárbaro. Y de esa unión nacerá un hijo del que provendrán generaciones innúmeras. La simbología de esta unión es muy diferente de la que Highet propone para la de Helena y Fausto. En un breve comentario a su *Odisea*, que publicó en 1943, Kazantzakis da dos interpretaciones acerca del papel de Odiseo y Helena en su poema. Aquí, con las palabras del autor, entregamos una de ellas, muy distinta, naturalmente, de la que podría atribuirse a la unión de la bella mujer con Fausto:

“Y el mismo episodio [huida de Helena con Ulises] en otro nivel de interpretación: Helena es la belleza aquea que, al unirse con el bárbaro dorio, crea la civilización helénica. Y Odiseo, en cuanto este objetivo se realizó (cuando vio a Helena en los brazos del bárbaro), se marchó, dejando a Helena consumir su misión: alimentar, transubstanciar en su entraña la simiente bárbara, para que naciera el hijo, el heleno”<sup>14</sup>.

En la *Odisea* del siglo XX, Helena es un personaje importante y, después de Ulises, la más importante de las figuras de los poemas homéricos cuyas existencias se prolongan en el poema moderno: Odiseo, Helena, Penélope, Telémaco, Laertes, Nausícaa (en el recuerdo), Circe (en el recuerdo), Anticlea (en un sueño), Argos

---

<sup>13</sup> Ana Leticia BARBAULT (Aikin-Barbault): *Diálogo de los muertos – Entre Helena de Troya y Madame de Maintenon*.

<sup>14</sup> N. KAZANTZAKIS 1943: 1031.

(desde su tumba), Menelao, Idomeneo. Y entre la multitud de personajes de toda la vasta obra de Kazantzakis, Helena es igualmente uno de los principales.

Después de enterrar a su padre y de dejar casado a Telémaco con Nausícaa, a quien ha mandado a buscar, Odiseo parte de nuevo de Itaca, junto a tres amigos que, como él, lo dejan todo. Van un poco a la deriva, sin rumbo determinado. Navegan adonde los lleva el viento. Nada se han propuesto, salvo dejar la patria y hacerse a la mar.

Es entonces cuando para nosotros aparece la figura de Helena. Allá en Esparta, en la ribera del Eurotas, no está ya tranquila y serena, reconciliada con su marido, "redimida", como la hallamos en la *Odisea* homérica. También a ella la ahoga la chatura del hogar. Su esposo, avejentado y decaído, no le provoca amor, sino distancia y casi repulsión. En su desazón, anhela nuevamente la aventura. En un momento, mientras Odiseo goza del baño que toma cuando el palacio de Menelao está ya cerca, viene a su recuerdo el momento en que Helena, desde la cubierta de la nave que la llevaría a su patria desde la destruida Troya, le sonrió bajo su velo:

Y se estremece, pues por un momento, inesperadamente  
/ a Helena recordó.

Bajo su peplo una vez le sonrió, ahora se acuerda;  
el barco de su marido hacia la patria desplega velas,  
y ella en la cubierta levanta sus cristalinos brazos  
y en silencio se despide de las playas, a uno y otro lado;  
a la ceniza caliente de la fortaleza destruida dice adiós,  
y adiós a los bravos que resplandecían en la arena.  
Se volvió. Lo divisó permanecer erguido en la ribera

/ con su cofia,

y lenta y profunda le sonrió; brillaron los albos velos,  
y se difundió en su espíritu una luz suavísima,

/ como si amaneciera.

Así, en el bienestar del baño, en la bruma del silencio,  
los párpados gruesos refrescados retenían la belleza;  
como jazmín que a lo lejos se abre y cierran los ojos

/ los caminantes

y se sumen hondamente en la dulzura de la flor lejana,  
de tal modo el arquero a Helena en la brisa respiraba.  
Su semblante cambiaba, jugaba, fulguraba cual astro,  
y aún el cerebro humano no puede distinguir bien  
si su verdadero cuerpo florecía entre los muros de Troya,

o si su sombra vana a la vez perseguían amigos y enemigos.  
Pero ahora él, con mente despejada, corre a ver, a tocar,  
y si no se desvanece entre sus manos como una nube de aire,  
con oscuras caricias, con habla engañadora, habrá de seducirla.  
Tal así corre el torrente a la mar, entre danzas y risas,  
así ella, todo el día inclinada, lo miraba y toda la noche lo  
/ escuchaba,  
y ya un día suspiró ella también y se dispuso a partir:  
como un río profundo se deslizará en torno el  
/ espíritu de Ulises<sup>15</sup>.

Más tarde, Odiseo le hablará a Helena de esta leyenda que se está tejiendo y ella escuchará contenta “su leyenda enrollarse en el huso de la fantasía”<sup>16</sup>.

En el camino a Esparta, los amigos han visto cómo oleadas de bárbaros rubios están invadiendo el país. Y al llegar al palacio de Menelao, lo encuentran casi sitiado por ciudadanos sublevados que no soportan ya la escasez de alimentos y la pobreza, así como la indiferencia del rey y la abundancia en que éste vive. Ulises, pese a quedar mal impresionado por la decadencia de su antiguo amigo y a que enseguida va a decidirse a marcharse con Helena, ayuda a Menelao a neutralizar la revuelta. Pero aquí nos interesan algunos aspectos de la relación de Odiseo con Helena. El recién llegado se introduce en el palacio. Asistimos entonces al encuentro de Odiseo y la famosa mujer:

Y hete aquí que una alta señora apareció y se detuvo  
/ en el umbral;  
la tez, el cuello, las manos, esparcían inmóviles  
un velado destello de luna en los áureos marcos-de-la-puerta.  
El corazón saltó y aletearon las sienas del hosco solitario:  
la-de-las-cejas-arqueadas lo esperaba en el pórtico inmortal.  
Largo rato, en silencio, se estrechan en dulce unión las manos,  
y quedamente gozaban los dos el sabor del reencuentro  
/ no esperado.  
Por fin, velada como el rumor de un árbol, se oyó la voz  
/ de la mujer:  
“Muy buena es esta tierra; muy dulce la vida en este mundo.  
¡Mi dios, en mis dos manos tengo el puño de Odiseo!”  
“¡Y yo amo la tierra, porque las manos de Helena sostengo”.

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, III, 821-846.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 1098.



Dijo el astuto y trataba de distinguir en la penumbra  
 si los ojos de estrella se empañaron y si grises se volvieron  
 / los cabellos<sup>17</sup>.

Se introduce aquí un elemento nuevo en la historia de la relación de Odiseo y Helena y que, en cierta medida aparece contradictorio con otro que antes el poeta ha puesto en el recuerdo del navegante: la sonrisa de Helena para él desde la cubierta del barco que la devolvería desde Troya a su hogar de Esparta. Y es, asimismo, contradictorio con el episodio de la salvación de Helena por Menelao de entre las llamas de Troya, que relata a Ulises el propio rey, diciéndole que considera ese momento como el más elevado de su vida. Ahora, en este reencuentro, Helena y Odiseo se acuerdan de que fue éste quien salvó a la mujer del puñal de Menelao, cuando el marido, ante la inacción de hombres y dioses, se lanzaba a castigar con la muerte la infidelidad de su esposa. ¿Qué habría pasado después de ese episodio? ¿Menelao habría recapacitado y su mujer, tranquila ya y serena, al partir el navío que la llevaba a Esparta, le habría sonreído a su salvador? La mención del Menelao furibundo en el momento del reencuentro en Troya recuerda la afirmación de Teucro en la tragedia de Eurípides: “Menelao se la llevó, arrastrándola por los cabellos”.

“¿Recuerdas otra noche, querido, cómo te lanzaste,  
 / cuando todos,  
 hombres y dioses, me abandonaron, en la puerta de Caronte,  
 y sacaba el rubio Menelao el espadín para segar mi cuello?”  
 Habló la de boca-de-sortija y las estrellas la bañaban;  
 y el seductor-de-corazones comenzó a ordenar las redes:  
 “Todo se borró, se hundió en la tierra; lo pasado pasó;  
 y simple y puramente gozo este momento santo  
 en que estoy aquí, erguido, en este atrio famoso, con mis  
 / cabellos grises,  
 y sostengo en mis manos mortales a la luna inmortal;  
 ¡primera vez, lo juro, que contemplo y toco a Helena!”  
 Callaron, y el tiempo se detuvo sobre las dos cabezas,  
 como el águila que se mece en las alas sobre la cima del aire.  
 Acaso pasó un instante, acaso también diez años,  
 los diez años que se borraron cual un relámpago para que  
 / fuera tomada la Ciudad.  
 Todo se trocó en mármol en la sala; todo en el pecho se detuvo;  
 y la vida brumosa se aclaró y un cuento se volvió.

<sup>17</sup> *Ibidem*, 1048-1060.

No hubo matanza ni incendio, no hubo una soberbia ciudadela,  
ni un buen mozo lascivo raptó a la hija-del-cisne:  
un hondo llano con azucenas rojas, un caramillo de  
/ enamorado zagalejo  
cogió dulcemente, poco a poco, sus espíritus,  
como nimbos, y los depositó con levedad sobre  
/ lejanas cumbres<sup>18</sup>.

Los poetas han imaginado en distintas formas la actitud de Helena en el momento de la catástrofe de Troya. ¿Tristeza, piedad para tanta víctima, temor al reencuentro con el esposo, indiferencia?

Julián del Casal ha evocado el panorama de Troya destruida, humeante aún, sembrada de cadáveres, y Helena, con suprema indiferencia, mirando el horizonte con un lirio en la mano:

Luz fosfórica entreabre claras brechas  
en la celeste inmensidad y alumbra  
del foso en la fatídica penumbra  
cuerpos hendidos por doradas flechas;  
cual humo frío de homicidas flechas  
en la atmósfera densa se vislumbra  
vapor disuelto que la brisa encumbra  
y las torres de Ilión escombros hechas.  
Envuelta en veste de opalina gasa,  
recamada de oro, desde el monte  
de ruinas hacinadas en el llano,  
indiferente a lo que en torno pasa,  
mira Elena hacia el lívido horizonte  
irguiendo un lirio en la rosada mano<sup>19</sup>.

El éxtasis en el recuerdo, a pesar de lo que pareciera, no refleja amor de parte de Odiseo, sino encantamiento ante la belleza sin par de Helena. Pero “se desvanecieron los encantamientos y volvió el tiempo a sus ruedas”. Aparece el rey y una multitud de antorchas iluminan el atrio y hacen palidecer las estrellas.

Durante el banquete que ofrece Menelao a Odiseo, éste y Helena se miran deseosos:

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, 1071-1081.

<sup>19</sup> Julio del CASAL 2004: 86-87.

Y mientras bebía, el hosco peregrino sentía que su cabeza  
 se armaba con ánimo inmortal, con tentáculos nuevos;  
 escuchaba a lo lejos ahora el ligero murmurio del cañaverl,  
 las aves-de-la-noche que arrullaban, seducidas por amor, en  
 / las oquedades,  
 y con alivio secreto gozaba por las innúmeras carcomas  
 que abren galerías en la tierra y roen los cimientos del planeta  
 Y después, los ojos volvía lentamente y miraba con fijeza a  
 / Helena:  
 sin piedad, removía en silencio los velos, los cabellos;  
 con la mirada la pesaba, igual que un carnicero que sujeta  
 al cordero por los lomos, y en secreto calcula.  
 Y a su vez Helena, inclinada sobre su copa de oro  
 gozaba la terrible mirada y se entregaba a la gran caricia viril<sup>20</sup>.

Al comienzo del banquete, Helena ha vacilado en utilizar sus conocimientos de yerbas para agregar una pócima al vino, a fin de que el sueño venga más pronto a los reyes. Prefiere escuchar durante más tiempo la conversación y no utilizar yerbas para alejar la animosidad de los ánimos:

Sabía Helena echar al vino plantas para el amor  
 a fin de serenar al punto de los varones los pechos corajudos,  
 mas mucho deseaba oírlos delante de ella departir  
 / tan rudamente<sup>21</sup>.

Recuérdese que en la *Odisea* homérica, Helena vierte en el vino de Telémaco y de Menelao un elixir, “remedio de hiel y dolores y alivio de males”. Aquí, en la nueva *Odisea*, Helena piensa agregar algo que haga dormir a los amigos, que han empezado a discutir ásperamente, pero no lo hace. Sin embargo, Ulises cuando va a quedarse dormido cree que “alguna yerba le dio a beber ocultamente aquella hija del cisne”<sup>22</sup>. En la cena, Odiseo hace un brindis dedicado a Helena:

“¡Bebo también a tu salud, hija inmortal del cisne!  
 Dulcemente combinas al animal y al dios y equilibras  
 / en las cejas  
 el salvaje deseo de la tierra y la gracia sagrada del cielo.  
 Bendita seas, porque encendiste en nuestra alma lenta

<sup>20</sup> *Ibidem*, 1126-1137.

<sup>21</sup> *Ibidem*, 1196-1198.

<sup>22</sup> HOMERO 2006: IV, 218-234, Kazantzakis 1975: III, 1462.

la gran guerra, y el espíritu se abrió, se dilataron los mares,  
y subió la victoria a nuestras duras testas y allí se aposentó,  
ese pajarillo de alas ensangrentada y de dulcísima voz.  
Que seas bendita en la tierra y en el glauco mar”<sup>23</sup>.

Los últimos momentos de esa última cena se pueblan de recuerdos de Troya y recuentos de vida. Odiseo admite que todo ha sido un sueño:

“¡Todas las cosas son un sueño, hermano, y que no  
/ se amargue tu ánimo!  
Un juego grande y brillante fue en nuestro pensamiento Troya,  
con lodo, con mujeres, con una costa y con crímenes plasmada;  
una copa profunda con vino enloquecedor, y lo bebimos todo,  
y vaciló nuestro espíritu y partió a surcar el mar.  
Pero no te engañe, hermano, el espíritu desvariador del vino;  
no es verdad que partimos con las veloces naves,  
que diez años luchamos para tomar la ciudadela  
y que en una noche sus cenizas como humo se esparcieron en  
/ el viento.  
En nuestra mente sólo jugaron como  
grandes pensamientos”<sup>24</sup>.

Menelao también recuerda a Troya, pero no como un sueño, pues allá reencontró a Helena:

“Aunque mi vida toda haya sido un sueño y sombra vana,  
quieras que no, hermano, la sagrada verdad abracé un día:  
cuando la ciudad se quemaba, y yo entre las llamas salvajes,  
plena de perfumes, pura lozanía, ¡cogí en mis brazos a Helena!  
Sonríe el guerrero con tristeza, inclinado se recuerda  
cómo con sus manos levantó a la cervatilla desmayada,  
y se hundió en las aguas hasta la cintura y erguido  
/ atravesó las olas;  
en torno suyo deslumbráronse los pueblos, y al punto  
azules los diez años se encendieron y apagaron como centella  
/ en su espíritu.  
Suspira el rey; ¡ah, si en aquel momento, el más alto de su vida,  
hubiera caído el dios como un rayo y lo hubiera abrasado!”<sup>25</sup>

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, 950-957.

<sup>24</sup> *Ibidem*, 1057-1067.

<sup>25</sup> *Ibidem*, 1077-1087.

Enseguida, el agotado monarca se duerme y, solos ya, Helena y Ulises hablan de la presencia real o fantástica de la mujer en Troya:

“Dicen que en vano diez años combatimos nosotros  
para librar, Helena, de la vergüenza tu cuerpo divino,  
¡y tú, intocada, permanecías en tanto sentada sobre  
/ una fresca nube  
y sólo arrojabas tu sombra sobre nuestros campamentos!”

La idea de que la figura de Helena en Troya habría sido sólo un fantasma, pues ella estaría en ese tiempo en Egipto, se insinúa aquí, ligada en cierto modo a la idea de la belleza fulgurante, casi enceguecedora, de la mujer. Como sabemos, esa variante de la historia de Helena había tenido varias expresiones entre mitógrafos y poetas antiguos, como la temprana de Estesícoro de Himera (+570 a.C.). Hera, irritada con Paris por no haber sido señalada por éste como la más hermosa, rapta a Helena y deja en su lugar un fantasma, mientras que la bella mujer es llevada a Egipto.

Lo que dije de ti, oh Helena, no era verdad;  
tú no te embarcaste en los veloces navíos,  
no eras tú quien llegó a la fortaleza de Troya.

En la tragedia de Eurípides, la Helena verdadera, que le parece ser una especie de doble a Teucro de Salamina, el cual no puede saber que la mujer por la que lucharon era sólo una imagen, es fuertemente apostrofada por el guerrero: “¿Qué veo? Es la mujer más odiosa, cuya funesta hermosura fue causa de mi perdición y de la de todos los griegos. Maldígante los dioses, pues pareces otra Helena”.

Ella, por su parte, se queja de su suerte, pues, a pesar de sus muchos sufrimientos, aparece como un ser odioso para los griegos, como si hubiera sido la causa de la guerra: “Yo, a pesar de mis incomparables sufrimientos, soy para ellos una mujer execrable, causa única de la guerra en la Grecia, por haber faltado a mi marido”<sup>26</sup>. En otro momento, habla de su “nombre desdichado, origen de muchas muertes”<sup>27</sup>. Y finalmente, reafirmando que ella es la verdadera Helena, dice ante los desconcertados compañeros de Menelao: “Yo no fui a Troya, sino mi imagen”.

<sup>26</sup> P. 520.

<sup>27</sup> P. 525.

Y modernamente, Seferis ha recordado a Helena en un extenso poema, que termina con la expresión de frustración de quienes lucharon por causa de una fantasma. Teucro recuerda la imagen de la mujer a la que encontraron allá en las bocas del Nilo:

[...] ¡Helena!  
La que tantos años perseguimos en el Escamandro.  
Allí estaba, a las puertas del desierto [...].  
Con su ceñido talle, el sol en sus cabellos y su porte,  
todo sombras y sonrisas  
en sus hombros, en sus muslos, en sus rodillas:  
su piel radiante y sus ojos / de largas pestañas,  
allí estaba, a la orilla de un Delta<sup>28</sup>.

En un sentido distinto del de la leyenda sobre el traslado de Helena a Egipto y su reemplazo por un fantasma, también un personaje “nuevo”, no homérico, de la *Odisea* considera humo y sueño a Helena. En la última rapsodia, cuando el príncipe Manayís, convertido en asceta desde su encuentro con el asceta Odiseo, en las honduras del África, está muriendo, aparecen dos peregrinos griegos. Ante la orgullosa presentación que éstos hacen de ellos mismo y de su patria, “movió la cabeza el anciano, sonríe con dulzura: / ¡Dioses, leyes, patria, costas: humo de vuestras cabezas!”. Los peregrinos creen haber llegado el país de los lotófagos, por donde pasó Ulises en su homérico viaje; y reponen:

No era una sombra, oh mi olvidadizo, la famosa ciudadela  
la noche santa en que fue saqueada por nuestros  
/ renombrados ascendientes;  
y cuando a la flor de la Hélade, a Helena, la-de-senos-de-nardo.  
la sacaron en lo alto de los brazos de entre las rosas  
/ sangrientas del incendio,  
¡una bruma no era, sino un cuerpo tibio y muy dulce de mujer!

El anciano insiste en que todo aquello eran “criaturas de la imaginación” o juegos de algún dios maligno:

Desdichados, no pudisteis percibir que todo aquello  
/ era un juego  
del maligno que, sito en las alturas, juega con los humanos,  
construyendo con luz y rocío los famosos castillos  
¡y Helena pasaba como una sombra incorpórea, botín del éter!

---

<sup>28</sup> Y. SEFERIS 1986: 195.

[...] ¡Sombra y bruma todo sobre la tierra: no existe  
/ Helena alguna!<sup>29</sup>.

En el poema de Kazantzakis, Helena goza sintiéndose una leyenda y sabiendo que los hombres traen y llevan su nombre y se preguntan dónde estuvo ella y dónde sólo su imagen en los años de la gran contienda por ella causada:

Callaba Helena, escuchando contenta en medio de la noche  
su leyenda enrollarse en el huso de la fantasía.  
No era una sombra la que se tendió en los lechos muelles,  
no era una sombra la que gemía bajo el abrazo estrecho;  
mas callaba, pues le gustaba escuchar a los varones  
con sus palabras que-coge-el-viento traer y llevar su nombre<sup>30</sup>.

Helena juega con la confusión de verdad y ensueño que trae el éxtasis provocado por el vino, mientras que Odiseo trata de afirmarse en la realidad casi increíble que está viviendo:

[...] Pero el pajarero juntó sus cejas y se le aproxima:  
“Esta noche en que te veo y está el espíritu transportado  
/ por el vino,  
brillas como lucero matutino y veloz cambias de aspectos,  
por este cuerpo mío que soporto y esta alma que me ciño,  
¡esta noche, Helena, quiero separar verdad de sueño!”  
Rieron vivazmente a la luz los ojos de la seductora:  
“¿Cómo podría, hombre-de-mil-tretas, el superficial cerebro  
/ humano  
separar verdad de sueño, la niebla de la bruma?  
Vino la vida me parece, vida también la muerte, ¡y nos  
/ embriagamos!  
¿Era yo quien reía y lloraba en las costas de Troya,  
o era mi sombra vacía, y yo en el lecho de mi esposo  
soñaba con raptos, con jóvenes hermosos y bravuras?  
Y ahora que de nuevo nos sentamos a una mesa pacífica,  
se nubla nuestro espíritu y el sueño sopla y cruje la fortaleza  
como un velero ¡y se marchó en las alas del viento!”<sup>31</sup>

<sup>29</sup> KAZANTZAKIS 2011: XXIV, 964 y 981.

<sup>30</sup> *Ibidem*: IV, 10971-1102.

<sup>31</sup> *Ibidem*, IV, 1097-1119.

Al llegar el momento de marcharse para siempre, abandonando definitivamente a Menelao, ahora en pleno sueño, Helena vacila. Como Odiseo en su Itaca, ella se siente ahogada en su hogar y en Esparta. No quiere perder su alma. No habrá otra oportunidad para liberarse.

Diosa no soy yo, y odio los cielos vacíos;  
me agrada la tierra y siento dentro de mí mucho polvo y rosa  
no me basta ya esta casa, pues mi alma se ha extendido  
para contemplar los mares y hogueras y las rudas rodillas

/ varoniles.

Pero si me voy de amanecida y subo a tu negro navío,  
no me marchó como niña que se lanza al abismo del abrazo:  
¡pasó París una vez el gran piélago y desapareció!  
Mas como tú también ansío yo que no se pierda mi alma.

Odiseo percibe el temor y las dudas que asaltan a la mujer y le advierte que puede todavía arrepentirse de su decisión.

Y pasó por un instante por su pensamiento el  
/ llamar a su esposo,  
lanzar voces y despertar a nobles, esclavos y criados.  
¡Socorro! clamaban sus entrañas, pero se avergonzó su corazón,  
y silenciosa y calma, miró al pirata sin ley.  
Y así como vemos en aguas hondas ruinas de una vieja ciudad  
y salen y entran los grandes peces y desovan  
y sobre puertas de fortalezas ríen las olas y rumorean,  
así la-de-los-grandes-ojos contemplaba en las pupilas del varón  
entrelazarse la vida en venenosas raíces esmeraldas.  
El engañador percibe su temor y se burla riendo:  
“Ruda es mi piel, señora; no se asemeja a la de París,  
y es difícil que salgas de este rapto.  
¡Adelante! Aún te queda tiempo de levantarte y llamar”.  
“¡Sé que tengo tiempo, pero libremente sigo mi destino  
/ y huyo!”

El gran raptor se irguió y estalló su corazón:  
“¿Oh alma libre, mil veces bienvenida seas a mi proa!”<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> *Ibidem*, IV, 1160-1175.



Llegan a Creta en momentos decisivos para la renovación del poder de Idomeneo. En la playa, la hermosura de Helena deslumbra a todos. Un viejo pirata expresa esa admiración:

“Todo el árbol de la tierra he recorrido en torno,  
pero juro que nunca una señora tan bella  
mis ojos contemplaron”.

Los viajeros se imponen de que el rey, anciano y caduco, en esos días debe penetrar a la caverna del dios-toro para renovar sus fuerzas. Luego, al salir, tendrá que poseer a una becerra de bronce en cuyo interior debe haber una mujer.

Odiseo concibe la idea de ayudar a que el pueblo se levante contra la monarquía corrompida y decadente. Helena podría colaborar con este propósito, pues el rey, sin duda, querrá que ella entre a la becerra metálica. Destruída la ciudad corrompida, Ulises se irá en su navío y Helena se quedará en la isla y hará nueva vida.

Pronto se interiorizan también del conflicto que hay entre el rey y sus hijas: Krino, la virgen, deseada por el viejo padre; Fida, que odia a su progenitor y quiere organizar la rebelión, y Dijtena, quien se enamorará de Odiseo y se unirá efímeramente con él. Los bárbaros rubios están igualmente llegando a la isla. Uno de ellos conspira junto a Fida. Otro enamora a Helena. Ésta, mientras mira a las mujeres nobles que juegan con unos toros, lo ve

“desnudo, con sólo una piel de cordero en su sexo ardiente,  
divisa al rubio hortelano que se le acerca furtivo;  
grave y hermoso, como un buen novillo, se irguió  
/ delante de ella;  
y Helena, inclinándose, sumisa, mira sus rodillas rudas.  
Por su mente pasó de pronto el dios, el albísimo cisne,  
que una vez se lanzó sobre su madre y la derribó de espaldas  
/ en la yerba;  
y ahora, mi dios, ¿cómo has surgido con los pies enlodados,  
con las barbas vinosas y un cuerpo fuerte, para encontrarme!<sup>33</sup>

Las *reminiscencias del mundo homérico y, en general, del mundo de la mitología antigua*, surgen con gran frecuencia en el poema de Kazantzakis, contribuyendo a que tengamos la continua sensación de la identidad de estos personajes con los de aquel mundo. La sombra de Paris ha vuelto más de una vez. Ahora, el

<sup>33</sup> *Ibidem*, 856-863.

encuentro con el hermoso y fuerte bárbaro desnudo, le trae al espíritu de Helena la historia de cómo fue engendrada por el dios que bajó en forma de cisne a unirse con Leda<sup>34</sup>.

Después de cumplidas las largas ceremonias de la renovación de las fuerzas del rey, el rubio hortelano bárbaro semidesnudo que había atraído a Helena, aparece y se la lleva.

La vida de la mujer cambiará radicalmente otra vez. El reino de Idomeneo se derrumbará. Odiseo seguirá su camino sin rumbo. Ella siente que una nueva existencia se agita en su seno: se quedará con el bárbaro rubio. Medita en la noche y rememora su vida, pensando que no ha vivido todo lo que pudo alcanzar. La figura de Ulises se va apagando en su espíritu.

“Ya vagas lejos en mi mente y te vas desvaneciendo,  
/ ¡oh Odiseo!”  
“Si en verdad eres el alma seductora – que todas  
/ las amarguras de la tierra  
y alegrías soportan tus rodillas sin temblar–, escucha:  
En el cristal que tú me regalaste para saber mi destino,  
veo erguirse a mi diestra un bárbaro de barba blanca  
en nuestra tienda roja, y sostener a mi hijo.  
Veo nueva tierra y mar ¡y tú, Ulises, has desaparecido!”<sup>35</sup>

Helena va a cooperar en el plan destructivo de Odiseo y antes de que, después de la revolución, venga la despedida definitiva, reconoce su deuda con el raptor:

“Siempre he de conservar, querido, tu terrible mirada  
en las entrañas nutrirme cual fuego inapagable;  
porque mortal alguno no compartió contigo pan y sal,  
sin que su ser atravesara una llama destructora del mundo”.

Todavía veremos a Helena antes de que Ulises deje Creta luego de consumada la destrucción del “régimen” de Idomeneo. Cuando están enterrando con gran tristeza a Stridás y a Fida, muertos en los combates, aparece brevemente la bella mujer:

---

<sup>34</sup> P. GRIMAL 1982: 229-233.

<sup>35</sup> N. KAZANTZAKIS 2011: IV, 447-452.

[...] cuando de improviso como un almendro florido al que  
 / atavió la tierra,  
 apareció el cuerpo grávido de Helena, la-que-va-a-dar-a-luz.  
 Resplandecían al sol sus túrgidos pechos floridos y en fruto,  
 y el esposo rubio, silencioso, inclinado, la seguía<sup>36</sup>.

Y enseguida vendrá la despedida. Ha terminado la tarea que se impuso Odiseo en Creta. Vendrá ahora una nueva jornada. No sin melancolía deja el navegante la isla señorial y las palabras del poema podrían hacernos pensar en la última mirada que Kazantzakis diera a su amada isla natal. Pero este despedirse de Creta se transforma también en el adiós definitivo a Helena, que se quedará allí. Una vez más tenemos la impresión de que el aventurero había llegado a amar a Helena. Es ésta una de la ocasiones en que Odiseo llora.

“Adelante, ¡terminó ya nuestra jornada en Creta!  
 Obreros somos, muchachos, en las viñas de dios;  
 ¡un sol novel apareció, también comienza una jornada nueva!”  
 Dijo así. Y deja vagar en torno una lenta mirada de despedida:  
 nunca más a los hombres, las colinas, el arroyo, la dulzura  
 de la isla señorial a contemplar sus ojos volverían.  
 Avanza y una piedra arroja tras de sí y el golpe da eco  
 en su pensamiento, dirías que cayó en cisterna sin fondo.  
 Y cuando ávida la vista giraba y daba mudo adiós,  
 de repente la mirada hechizada se posó en la-de-arqueadas-cejas.  
 Junto al hombronazo de melena blanca lucía satisfecha,  
 como una tierra húmeda sobre la cual cae el sol y vapor exhala.  
 “¡Helena!” gritó el-de-gran-corazón, y se trizó su pecho.  
 Levanta con pereza los párpados cansinos la-de-cejas-espesas  
 y sonrió, y “¡Adiós!” responde, entreabriendo los labios.  
 Con dulzura da la mano Odiseo a la-bañada-por-el-sol:  
 “Conceda el dios que juega con la tierra y  
 / mezcla a los humanos,  
 que des a luz un hijo, que equilibre con firmeza las  
 / dos vastas alas  
 que franquean con doble ímpetu los límites del hombre:  
 ¡el corazón bárbaro, embriagado, y el pensamiento que altivo  
 / y despejado  
 le sujeta las bridas para que al caos no se precipite!

<sup>36</sup> *Ibidem*, 838-841.

¡Helena, amado rostro de la tierra, nunca más ya  
mis ojos te verán ni te tocarán mis manos toscas;  
naciste espuma, fulguraste y te apagas en la cima  
/ de mi espíritu!”

Dijo. Y vuelve la cara para que el llanto no se manifieste.  
Con una sonrisa tenue, la mujer-plena-de-fruto sus manos alza  
con esfuerzo por el peso del regazo y las agita al sol<sup>37</sup>.

Helena desaparece en esta inmensa narración que es la *Odisea*. Pero no muere. Dos o tres veces, aparecerá brevemente su recuerdo. Y la volvemos a entrever, ahora como madre:

Por allá, en la mar índiga, en la isla señorial,  
tendida estaba entre sábanas blancas y sus dulces ojos  
admiraban a su vástago en su cesto verde.  
Y la vieja nodriza inclinada sobre el retoño recién nacido,  
como Moira, buena Moira, le indicaba el destino, como fuerza  
/ lo fortificaba.

Con sal le frotó el cráneo para sazonar su entendimiento;  
lo empapó con licor a fin de que resista y no embriague en las fiestas;  
y asa en el brasero una pata de cangrejo y se la pasa por la boca,  
para que hasta la vejez le salgan los dientes bien poderosos;  
y por los dedos le pasa escorpión carbonizado, a fin de que reparta  
a dos manos puñaladas a los enemigos y amistad a los amigos.  
Y por último coloca al niño a grupas de un caballo blanco,  
para que los riñones le maduren fuertes en la lucha del amor.  
Y cuando terminó con la armadura misteriosa del infante,  
y éste podía ya franquear el umbral de nuestra tierra sin cuidado,  
lo envuelve el aya en una piel rojiza, sobre la madre lo apoya  
para que guste la leche primera, dulce y pura:  
“¡Madre, cabeza-de-hierro, que te viva el retoño dragón  
y el dios conceda que un día lo pongan en una canción!”  
Dijo así la nodriza y la madre sonríe y descubre el seno;  
destellaron al punto las ventanas y refulgió allá en las soledades  
calcinadas del África la mente del flautista<sup>38</sup>.

Pero ahora, el grupo está preocupado del hambre que azota al pueblo egipcio. Por eso, Centauro, el-de-la-doble-asentadera, replica al flautista, a quien

---

<sup>37</sup> N. KAZANTZAKIS 2011: VIII, 895-921.

<sup>38</sup> *Ibidem*: IX, 992-994.

el vértigo ha cogido, como lo hemos visto, y remite al pasado la legendaria belleza de Helena.

Un dulce sueño era la mujer, la-de-cejas-arqueadas, y luego  
/ el gallo cantó.  
Vamos; pasó el pasado como olas que se deshacen.  
Se nos abaten nuevos sueños; preparo mis oídos  
y peludo mi corazón se puso al escuchar clamar a la pobreza;  
¡ay, por el hambre negra morirán y me apiado de esta gente!”

Mucho más adelante, en pleno centro del África, después de haber llegado a las fuentes del Nilo, y antes de comenzar a dar forma real a la ciudad ideal que su mente ha ido incubando, Odiseo subirá a una montaña, en total soledad, y vivirá allí todas las etapas de la *Ascética*, como preparación para la gran acción. En medio de este complejo proceso espiritual, expresado en una verdadera torrencialidad de imágenes, una figura, al parecer de Helena, volverá fugazmente en forma de un sueño.

A la medianoche, una dama-del-monte, una princesa de la noche,  
olió el gran cuerpo varonil y aparece en la entrada de la gruta:  
rayos de luna eran sus cabellos, rocío puro sus senos;  
se deslizó oblicuamente al interior y se detuvo sobre el hombre;  
mas enseguida el seductor reconoció al burlador-del-mundo,  
que ni a dioses feroces temió ni a diosas respetó,  
y lanza un grito virginal de miedo, y el sueño se esfumó.  
“Creo que un rayo de luna me golpeó y el sueño me arrebató;  
y en ese mismo instante soñaba con Helena, la-de-ojos-  
/ estrellados!”

Dijo, se volvió de lado, rápido para lograr  
que no se le escapara el sueño el-de-los-grandes<sup>39</sup>.

Ya al final de su larga travesía del África, en el extremo sur del continente, cuando debe preparar su última embarcación que lo llevará a los hielos antárticos, y antes de encontrar a Jesús, al último de los personajes con los que ha dialogado, un día, dormido entre las rocas y acariciado por el mar, Odiseo, asceta anciano ya, tiene una visión de Helena. Pero la figura de Helena parece confundirse con la de la mar, que siempre es “ella” *i thálasa*, es femenina, y por eso puede pensarse como una amante de Odiseo, que saluda su regreso desde la tierra, por la que ha peregrinado largamente. Pensemos que Odiseo ha atravesado

<sup>39</sup> *Ibidem*: XIV, 151-162.

África de norte a sur. No quedan claros los límites, dentro de la “realidad” plena de fantasía y onirismo del poema. No nos quedan claros los contornos de esta visión. En todo caso, es la última vez que se nos aparece la bella mujer antes de que asistamos a su muerte.

Y lo encontró el mar durmiendo al amanecer sobre las rocas:  
le arroja su espuma y se la vuelve a echar y se pregunta en secreto:  
¡Madre mía, ¿quién será esta fiera que está sobre las piedras?  
Lo lamo lentamente y lo vuelvo a lamer, me lanzo y lo lleno  
/ de espuma;  
ni es un pez espada que murió ni un *cosaco* que deshízose  
ni un peñón que echó barbas blancas y que resuena como *espelion*;  
¡será algún antiguo y viejo capitán, cuyo barco naufragó!”  
Nuestro lobo-de-mar abrió los ojos y se rió de ver  
a la seductora Helena, la-de-los-ojos-risueños, desnuda con/  
/ sus brazos tersos,  
que tomaba el sol en los blancos roquedales, y por la arena  
/ deslizábase  
y sus pechos abrían unos pequeños y redondos pozos.  
De bruces se tendió y contempla con ansia al viejo amante  
que de ella se había acordado y que volvía de la tierra firme,  
[...] Lo contempla con dulzura, le murmura palabras secretas  
/ en los talones  
y en sus velludos muslos gruesos y en su vientre grisáceo;  
reía con labios frescos y lamía y sus pechos temblaban,  
y a lo largo de la orilla los pulidos guijarros cantaban<sup>40</sup>.

A estas alturas, no sabemos si es Helena o la mar que recibe a su “viejo amante”. Parece confundirse la mujer de belleza no igualada con la amada mar de majestad infinita. Pues enseguida, Odiseo se entrega a la mar, se sumerge “en el seno de la amante”, y ahora sí está claro que el poema está hablando del mar.

Desliza sus pies arrastradamente el solitario como la balsa en  
/ las húmedas ondas,  
echa adelante las rodillas y la espalda,  
toma un vivaz movimiento y se sumerge por completo,  
popa y proa, en el seno de la amante, bañado-en-lozanía;  
y se aliviaron y gozaron los riñones rodadores-de-mundo.  
De espaldas iba nadando, extendiendo los brazos sin prisa;

---

<sup>40</sup> *Ibidem*: XXI, 517-535.

¡oh Dios, cuánto tiempo anhelara el abrazo salobre,  
 y ahora cual esponja, se-abre-y-cierra el cuerpo sediento  
 y bebe y bebe el aguada salada y no puede saciarse.  
 ¿Cuáles son las rosas que se marchitaron y perdieron su fragancia  
 y cuando se sumen en el agua vuelven a abrirse, tersas?  
 ¡Rosa el cuerpo crespo del de-múltiple-pensar  
 / sobre la superficie azul<sup>41</sup>.

En la última rapsodia, después que varias veces en el poema hemos visto pasar “miles de años” *jiliades jronia* vemos finalmente morir a Helena, símbolo inmortal de la belleza.

Como Ulises, ella ha envejecido. Ha sido origen de una gran estirpe. Rememora su vida y en los últimos momentos alcanza a percibir el llamado del también agonizante Odiseo, que desde un peñón de hielo antártico ha invocado a quienes amó en vida. Helena y el viejo perro Argos —éste desde su tumba en Itaca— son los únicos personajes homéricos que acuden.

Helena finalmente ha envejecido, aunque sin perder su belleza. Y el poeta moderno le dará, como a Laertes, la muerte que no tuvo en el poema antiguo, y que tampoco le ha dado la conciencia universal. Pero este morir no es el de todos los mortales, pues en el último destello de su mente ha vuelto a ser una niña de doce años, con sus trenzas colgantes. Coge una caña de las orillas del Eurotas la hermosísima niña y parte para unirse al gran cortejo de seres que aún existen y de sombras de otros que dejaron hace tiempo de existir, y que escucharon el llamado del perpetuo viajero. Será aquella bella y tersa niña una de las caminantes en esa postrera y fantasmagórica peregrinación hacia el lugar de la agonía de Odiseo.

En esta forma el poeta parece querer rescatar la belleza de Helena, a pesar de la vejez y la muerte que tuvieron también que alcanzarla. El poema no nos dice que haya perdido su hermosura con el paso de los incontables años. De la Creta revolucionada donde la habíamos dejado, la encontramos en su natal Esparta, junto al río que participó de su inmortalidad.

Y lejos, en un fresco ribazo, entre laureles floridos,  
 el cuerpo divinal de la-de-cejas-arqueadas cayó al anochecer  
 / en agonía,  
 con sus pies-de-nardo, delicados, hacia la corriente cantarina.

<sup>41</sup> *Ibidem*,:536-547.

En torno, los nietos, los biznietos, la nueva estirpe divina,  
trenzan su pelo albísimo, la rocían con agua-de-rosas,  
para que respire aún un instante y sus párpados abra;  
les diga una última palabra buena y les dé la bendición.  
Por dos días gime en la arena su cuerpo-de-cirio,  
y ni en lo alto la recibes, cielo, ni tampoco la tierra la devora;  
cual blanco nimbo primaveral está suspendida en el aire.  
De sus pesados cofres-dotales tallados-en-cedro,  
sacaron un sudario recamado, su peplo funerario,  
que nuestra vanidosa en su vejez, doblada sobre el telar,  
cantando lo tejía y lo bordaba con mil artes y destreza:  
en el medio, la llanura bien verde con unas carpas rojas,  
alrededor la mar azul con sus franjas albas espumales,  
y por los cuatro ángulos, erguidos, cuatro fortalezas arden.  
Se inclinan las nietas rubias y lavan con lentitud su cuerpo  
con vinagre-de-rosas perfumado, para que se refresque;  
el pecho se descubrió, los pechos muy-besados se bajaron,  
velas que el viento ya no las sopla y que el bóreas no las bate.  
Abre los ojos que ya los ha plegado un velo grave  
y en silencio mira las aguas transparentes en el cañaveral,  
que presurosas y alegres corren a mezclarse con el mar;  
aguzó sus oídos, escuchas el profundo deslizarse del río,  
oye cantar su vida como el agua y apagarse,  
y cual tenue espuma y rumor cantarino, que se desvanece  
/ quietamente y pasa,  
se va su espíritu sobre las ondas y recoge consigo  
los bravos que se mataron, los *castros* que se incendiaron  
y los navíos que se hundieron en sus ojos negros.  
Todo pende por postrera vez en sus gruesas cejas:  
¡cuántas alegrías amargas no tenía la tierra, cuántos  
/ grandes abrazos,  
Y cómo en el mundo terreno cumplió el difícil deber!  
Mas de repente, cuando trajo al recuerdo los piélagos lejanos  
y a todos los príncipes de ayer despedía secretamente en su espíritu,  
lanza un grito y el sudor bañó su famoso cuerpo  
¡el bonete feroz del arquero divisa y sus barbas grises  
y sus anchos labios que ríen apenas y quedamente llaman: Helena!  
Se sonrojó la-de-mejillas-de-lirio, su seno se agitó  
¡Ay si pudiera, oh Dios, levantarse, destruir el hogar,  
estar en la proa de la nao y que soplara la brisa,





## Referencias bibliográficas

- APOLODORO (1984). *Biblioteca*. Introducción texto, traducción, comentarios Ap Papandreu. Atenas: Ediciones Hnos. Tolidi.
- BERMEJO, J. C. y S. REBORDA, S. (1996). *Los orígenes de la mitología griega*. Madrid: Akal.
- BIDAL-BAUDIER, M.L. (1973). *Nikos Kazantzaki. Comment l'homme deviente immortel*. París: Plon.
- CASTILLO DIDIER, M. "Helenismo y filohelenismo en la obra de Goethe", *Byzantion Nea Hellás* 19-20, 2000-2001. Santiago: Centro de Estudios Griegos.
- CASTILLO DIDIER, M. (2007). *La Odisea en la Odisea. Estudios y ensayos sobre la Odisea de Kazantzakis*. Santiago: Centro de Estudios Griegos.
- CHOZA, J. y P. (1996). *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*. Barcelona: Ariel.
- DECAUX, A. (1969). "Préface à l'*Odysée*", N. Kazantzakis: *Odysée*. Trad. al francés J. Moatti. París: Éditions Richelieu-Plon.
- FINSLER, G. (1947). *La poesía homérica*. Trad. C. Ribas, 3a. ed., Barcelona: Labor.
- FRIAR, K. (1958). "La Odisea de Nikos Kazantzakis", rev. *Kenuria Epojí*, otoño 1958 Atenas: Difros.
- GRIMAL, P. (1982). *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Prefacio Ch. Picard, Prólogo P. Pericay. Barcelona: Paidós.
- GARCÍA GUAL, C. (2000). «Introducción» a Homero: *Odisea*. Trad. J. M. Pabón. Madrid: Gredos.
- GORPAS, T. (1999). "El paso de Helena o El canto de la extranjera". Ver ítem Lastra, P. HARTOG, F. *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*. Traducción H. Poras. Buenos Aires: F. C. E.
- HIGHET, G. (1954). *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura Occidental*. Traducción A. Alatorre. Méxco: Fondo de Cultura Económica.
- HOMERO (2000). *Odisea*. Traducción J. M. Pabón. Madrid: Gredos.
- HOMERO (1954). *Iliada en Homero: Obras Completas*. Trad. L. Segalá Estalella. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- KARALÍS, V. (1994). «Sobre el nihilismo de la Odisea y el nihilismo en general», en *Nikos Kazantzakis ke to palimpsesto tis historías* N. K. y el palimpsesto de la historia Atenas: Ed. Kanakis.
- KAZANTZAKIS, N. (1968). *Carta al Greco* Traducción D. L. Garasa. *Obras Selectas* de N. K. III. Barcelona: Planeta.
- KAZANTZAKIS, N. (2011). *Odisea*. Traducción, estudio, notas, síntesis en prosa, glosario M. Castillo Didier, 2ª ed. Santiago: Tamar Ediciones.

- KAZANTZAKIS, N. (1943). "Ena sjolio stin Odisia". Un comentario a la *Odisea*, *Nea Hestía* N° 389, 1943. Atenas: Hestía.
- LASSO DE LA VEGA, J. (1983). «Ulises y su mundo de ideales éticos», en «Ética homérica», en Adrados, R. y otros (L. Gil Editor): *Introducción a Homero*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1983.
- LASTRA, P. y KAPPATOS, R. (2004). *Presencia de Grecia en la poesía hispanoamericana*, Santiago.
- LLOSA, J. G. (1965). *El libro de Odiseo*. Santiago: Editorial Zig-Zag.
- MARASSO, A. (1954). «Homero», en Homero: *Obras Completas*. Ver ítem Homero.
- PABÓN, J. M. (1947). *Homero*. Barcelona: Editorial Labor, Barcelona.
- PAUSANIAS (1994). *Descripción de Grecia*. Introducción, traducción y notas de M. Cruz Herrero. Madrid: Editorial Gredos.
- PREVELAKIS, P. (1958). *El piítis ke to píma tis Odisias* El poeta y el poema de la *Odisea*. Atenas: Difros. Hay una traducción inglesa de Ph. Sherrard, Simon and Schuster, Nueva York, 1962.
- QUIROZ P., R. (2004). *N. Kazantzakis Dimensiones de un poeta-pensador*. Santiago: Centro de Estudios Griegos.
- RAMOS, O. G. (1988). *Categorías de la epopeya*. Bogota: Instituto Caro y Cuervo.
- RAMOS, O. G. (1970). *La Odisea Un itinerario humano*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- REBORDA, S. (1996). "Odiseo, el héroe peculiar", en Bermejo, J. C. y Reboreda, S.: *Los orígenes de la mitología griega*. Ver ítem Bermejo.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, R. y otros (L. Gil Editor) (1983). *Introducción a Homero*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- ROMILLY, J. de (1997). "¿Por qué Ulises?". En *Sinandisis me tin arjea Helad*. Encuentros con Grecia Antigua, trad. al griego K. Miliarezi y B. Athanasíu. Atenas: Editorial To Asti.
- SEFERIS, Y. (1986). *Poesía Completa*. Trad. P. Bádenas de la Peña. Madrid: Alianza Editorial.
- TRÍAS, M.B. (1954). "La estética de Homero", en Homero: *Obras Completas*. Ver ítem Homero.